

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.
LAS MIL Y UNA NOCHE DEL "HISPANO".

Por Federico Villoch.

La Acera del Louvre venía siendo en aquellas años que recordamos en estas viejas postales descoloridas, como la Puerta del Sol de la Habana. Todo lo que llegaba a la ciudad y valía algo, así en la literatura como en las ciencias, como en las artes, como en todas las actividades, en fin, del esfuerzo humano, no tardaba en hacer acto de presencia en aquel sitio, concurrido y animado desde las primeras horas del día, hasta las últimas rayando con el alba.

Mucho se ha escrito de ella y aún resulta escaso cuanto de ella se ha dicho. Gustavo Robreño, uno de sus más asiduos concurrentes, le dedicó un libro de inestimable valor histórico. Séanos permitido consagrarle unas líneas a aquel sitio que, en uno u otro modo, trae al recuerdo de los descoloridos de hoy, tan dulces y halagadoras remembranzas. La Acera del Louvre fué una «época»; fué la página más interesante y llena de color de aquel hermoso pasado de Cuba, el cual, como del siglo XVIII dicen los franceses, quien no tuvo la dicha de verlo, no puede decir que conoce el verdadero encanto de la vida.

Este hotel Inglaterra nos recuerda a su primer cocinero Joaquín «El Criollo», maestro de cocina del restaurant «Dos Hermanos», cuando estaba de moda y era, puede decirse, el mejor de la Habana, antes del advenimiento de la República. «El Criollo» se especializó en la famosa sopa de pescado, las paellas y el arroz con pollo; y de los «Dos Hermanos» pasó al hotel Inglaterra, cuando Don Felipe González, al terminarse la guerra se lo compró a Villamil. Debido a su edad avanzada, «El Criollo» fué reemplazado en su cargo por Domingo Avoy, español, gran maestro de cocina. Durante la danza de los millones, bajo la dirección de Avoy, se sirvieron por dicho hotel los buffets de los bailes de Truffin, Lily Hidalgo, Rafael Montalvo, etc. y los de los entonces candidatos a Presidente y Alcalde General Menocal y Fernando Freyre de Andrade. Por alguno de esos banquetes se pagó la entonces «modesta» suma de veinte mil pesos.

Era cantinero de la barra del Inglaterra el popular «Maragato», especialista en cocteles, quien llegó de España siendo un niño de catorce a quince años y comenzó a trabajar en el Inglaterra de ayudante de la cantina, acabando por ser el primer cantinero de la Habana. Como dato curioso, apuntemos que el «Maraga-

to» jamás probó una gota de licor en su vida. Fué el cantinero predilecto de los antiguos muchachos de la Acera.

Don Manuel de la Cruz del Campo y Saenz de Calatañazor—excapitán de Cantonales—de lo que él estaba orgulloso, alias «Coquito», era un empleado del hotel, que ejercía las funciones de portero por la puerta que daba a San Rafael, y que era por donde se recibían en el hotel los víveres y artículos para la cocina del mismo. Tendría de sesenta a sesenta y cinco años. De rara figura, pequeño, con una cabeza calva y grande, desproporcionada para su tamaño. Los muchachos de la Acera lo mortificaban llamándole por su apodo de «Coquito» y arrojándole toda clase de proyectiles, como huevos podridos, papas, tomates, etc. El que más mortificaba a «Coquito» era el «Bisco Guillot», hermano de Pedro Pablo; pero tan acostumbrado estaba «Coquito» a que se «metieran con él», que el día que no lo hacían se le veían paseando por la acera y provocando ostensiblemente a los muchachos. Don Manuel usaba de costumbre un bastón gordo y fuerte, y excusado es decir que muchas veces pagaban justos por pecadores, recibiendo algún bastonazo el que menos lo merecía. En una ocasión, celebrándose un banquete al General Menocal, entonces candidato a la Presidencia, que gozaba de las simpatías de «Coquito», éste decidió asistir a la fiesta con todas las de la ley, esto es, vestido de frac y corbata blanca; lo que constituyó el hit de la noche. El capitán Regueira designó un piquete de policías para acompañarlo a entrar y salir del teatro Tacón, donde se celebraba el banquete, y evitar de ese modo los escándalos que ocasionaba por aquellos alrededores la presencia del original personaje. Fué la noche de gloria de Don Manuel de la Cruz del Campo y Saenz de Calatañazor, ex capitán de Cantonales. Sólo con citar una larga lista de nom-

bres se trae a la memoria y se conoce en toda su intensidad lo que fué la «Acera». Paco Romero, Carlos Maciá, Ramón Hernández, el General Sanguily, Agustín Laguardia, Sotico, Alfredo y Anastasio Arango, los hermanos Robreño, Pepe López, Varona Murias, Arturo Mora, Pepe Estrampes, Cadaval, Panchito Chacón, Raúl Cay, Pepe Jerez, los Montalvo y muchos más que reían y bromeaban de continuo, felices nada más que con mantener en su pecho el ideal de la patria libre. Vivían como en una interinatura. Sus actos tenían el aspecto de una espera que amenizaban con sus simpáticas calaveradas. Puede decirse que la Acera, como ya apuntamos, vivía

todas las horas del reloj; lo mismo a las diez de la noche, que a las cuatro de la tarde, que a las cinco de la madrugada, la Acera veíase concurrida por sus asiduos con el mismo entusiasmo y camaradería de siempre. Cuando se estrenó en el teatro de Tacón «Cyrano de Bergerac», de Rostand, todos cayeron en la cuenta de que los muchachos de la Acera eran los Cadetes de la Gascuña. Allí entre ellos el pacto generoso, el gesto de valor, el arranque temerario, el espíritu aventurero, la hidalguía de la raza. Inúmeros acontecimientos de nuestros anales patrios tuvieron lugar en aquella zona candente y viviente, que fué como el centro, el corazón palpitante de Cuba. Las cenas en el Cosmopolita, las rondas en el bar que servía el popular «Maragato», los grupos en que sin reserva se hablaba de política, y de la próxima guerra que un día vino a parar al propio General Maceo, allá por el 93. Compañero de paseo del Coronel Santocildes, daban a aquel sitio una indiscutible semejanza con el patio del Palais Royal de París, en los prolegómenos de la Revolución Francesa. Allí en la Acera peroraba Camilo Desmoulins, organizaba Dantón, trazaba sus planes bélicos más de un Bonaparte, y se agitaban en la sombra de lo futuro muchos héroes de Valmy, Jennapes y otras batallas que se libraron por los «derechos del hombre»...

La Acera del Louvre aparece hoy desierta, como barrida por el olvido y la ingratitud, y es de notar la coincidencia de ser actualmente el patio del Palais Royal también uno de los sitios menos frecuentados de París. Al igual de las antiguas vías romanas, una y otro, tienen el aspecto de cansancio y soledad de esos lugares por donde un día «pasó la Historia».

Hay sitios y casas en nuestras ciudades natales que, cuantas veces cruzamos frente a ellos, nos obligan a volver la cabeza, atraídos por un nudo de inolvidables recuerdos. Eso nos pasa a nosotros pocos con esa esquina de la Acera, donde actualmente se halla instalado el hotel «Telégrafo», donde en un tiempo lo estuvo el café y hotel «Hispano Americano», tan concurrido entonces por el grupo literario de la «Habana Elegante» y «El Figaro». No eran aquellos años mejores que éstos, en ningún modo; pero eran los de los veinte años, la edad ingenua sin intranquilidades ni problemas,

la edad amenizada y estremecida de ideales y proyectos que de antemano ya daban por resueltos el optimismo y los ardores de la juventud. Aquello era como la antesala de la vida. Allí todo era esperar, sonreír, proyectar, arder en la llama de la ilusión ante la puerta cerrada.

Invariablemente, el primero que llegaba al «Hispano», encontrábase ya instalado junto a la primera mesa de la derecha bajo el arco, a Gastón Mora, con su amplia y fresca americana de alpaca, imagen de su estilo fácil, cómodo de leer y entender; entonces ya era todo un señor juez y resultaba como el parroquiano de honor del café. El primero en llegar era él; y el último, Enrique Fontanills, de vuelta de sus primeros saraos del Vedado y el Cerro, y entonces muy delgadito, y ágil. Entre el uno y el otro Raúl Cay, la faz roja, y más roja aún, al destacarse en la impecable blancura de su traje dril número cien. Pío Gaunaud, por el contrario, pálido, en su eterno y elegante traje negro, con el que parecía volver siempre de un baile de gran etiqueta. Panchito Chacón, hablando y gesticulando a lo noble, en castellano antiguo; irónico, mordaz, descreído y sin embargo, creyendo siempre en cábalas y combinaciones de la suerte. Benjamín Céspedes escéptico, verboso, aureolado de fama y dinero, con su libro de gran éxito sobre la vida airada en la Habana. Francisco Coronado, «César de Madrid», desde entonces ya viejo erudito, siempre portando un libro de hojas amarillentas, oliendo a mohó. François Cisneros, con su bigotico rubio en puntas hacia arriba, soñando en un París que aún no conocía y del que se saturaba leyendo «Le Figaro» y los cuentos de Cutúlle Méndez. El dibujante Torriente, añorando siempre a Matanzas y su Peña de Dominica, con Nicolás Heredia, Vicente Tomás, Byrne, Garmendía y otros. Abelardo Farrés, con su rima semanal y unas décimas a la memoria de su madre, que lo acompaña con toda su vida y aún perduran después de su muerte para su gloria.

Allá, sobre la media noche, llegaban César Cancio, Bárzaga, Angelet, aquel ingenioso epigramista del «Figaro», donde invariablemente años y años salieron todas las semanas cuatro, y ni uno más. Pichardo, siempre tan impaciente. Catalá, siempre tan reposado; Enrique Hernández Miyares, arcaico, asmático y simpático; Julián del Casal, con su alma de niño ingenuo y su resignada sonrisa de poeta fuera de su ambiente. Algunas noches, cuando estaban de paso en la Habana, la poetisa Lola Tió y su esposo el bueno de Don Bonosio, siempre con un

3

de París y nos hacía la boca agua con sus anécdotas de los bulevares; Pepe Jerez tan chispeante y grato como el vino de su apellido; Ciriaco Sos que, por bromear a Coronado, se firmaba «César de Guana, bacoa»; Raúl Senado; Augusto Saladri, gas, entonces modesto pasante de abogado, creemos recordar en el bufete de D. José María Gálvez.

Una noche, allá por el 92 o 93, se apareció en el «Hispano» un señor alto, sumamente delgado—digamos flaco—con una enorme chistera de alas planas que le bailaba en la cabeza como en la punta de un palo, preguntándonos por un dibujante, «un señor—decía—de apellido fluvial», que no recordaba en el momento y que le habían recomendado. Comprendimos que se trataba de Torriente. Era el escritor satírico español Eloy Perillán Buxó, que preparaba la salida de su semanario «La Sombra», del cual tenía dispuesto el arcano que no se publicase más que un número, a causa de la sentida muerte del escritor.

No ocupábamos determinada mesa, ni formábamos peña fija. Llegábamos, hablabamos, nos íbamos y volvíamos; y del gasto no se acordarán ciertamente, con regocijo, si viven, los propietarios del café. Café con leche, panales, muchos vasos de agua fría y el cognac de Enrique Hernández Miyares.

En la vidriera de cigarros del «Hispano» que daba a la Acera, siempre permanecía encendido un pequeño mechero de gas dentro de una bombilla de cristal rojo, con objeto de que al pasar los transeúntes pudieran encender sus tabacos. Muchas vidrieras hacían lo mismo. No sabemos si en la actualidad subsiste esa costumbre. Quizás no, porque hoy el altruismo no es lo más corriente, y además, no permitirían esa competencia desleal las fábricas de fósforos, lo que le tenía entonces sin cuidado al espléndido y popular fabricante de cerillas, Perico Coll, que daba cien de ellas por cinco centavos, en aquellas cajas grandes de cartón donde se leía su lema de guerra: Trien, Conteú, Remeneu...

Otra noche, por el 89 o 90, poco después de terminada la función en el teatro Albu, se oyeron varios disparos de revólver en el Parque Central, hacia la Acera, y al acudir al sitio del suceso la policía y los curiosos que deambulaban por los alrededores, se encontraron caído en el suelo y herido en una mano, al aplaudido y muy apreciado de todos, actor cómico Manolo Rodríguez, que trabajaba entonces con sus hermanas Amalia y Etelvina en el citado teatro, y frente a él, su agresor, el conocido «Gordo Granado», que, según frase de Benjamín de Céspedes, «abusaba del espacio» con su excesiva gordura; la cual no le impedía hallarse en todas partes, muchas veces como protagonista de lios y calamorras. Su padre, probó empleado de la aduana, era una bonísima persona.

Una vez que Eusebio Azcué dió en «Almendares» una «exhibición aerostática», Granados se ofreció para subir en el globo, y a su tiempo lanzarse desde él, agarrado a un paracaídas. Ya puede suponerse la cantidad de público que acudió a «ver caer al Gordo». Cuando descendió agarrado al artefacto salvador, la expectación fué enorme. Faltaban escasamente unos veinte metros para llegar al suelo sin abrirse aún el paracaídas; pero a los diez o doce, éste se abrió como una gigante blanca rosa en el espacio, y aquella mole humana, descendió afeerrada a su voluminoso paraguas con la mano derecha, mientras con la izquierda saludaba sonriente a la concurrencia.

En el «Hispano» nos leíamos y nos elogiábamos unos a otros, sin modestia—¡qué modestia ni modestia, en esos años de deslumbramiento!—los trabajos que se publicarían la próxima semana en los periódicos de nuestra predilección. Y no se hablaba más que de literatura. Del último libro de Zola; del último cuento de Maupassant; de la última novela de Daudet—había frecuentes disputas por el ejemplar de Safo que nos prestábamos unos a otros y andaba de mano en mano deshojado ya casi—; del último «Pallique» de Clarín; de las obras de Palacio Valdés; de los juicios de Don Juan Valera; de las polémicas de la Pardo Bazán; de los poemas de Núñez de Arce, cosas de la que entonces valía la pena hablar honda y largamente.

¡Ah, las maravillosas e inolvidables «Mil y una Noches del Hispano»! ¡Con qué armoniosa y cautivante voz nos narraba Sherezada sus cuentos!...

*Mano
Ag. 21/38*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA